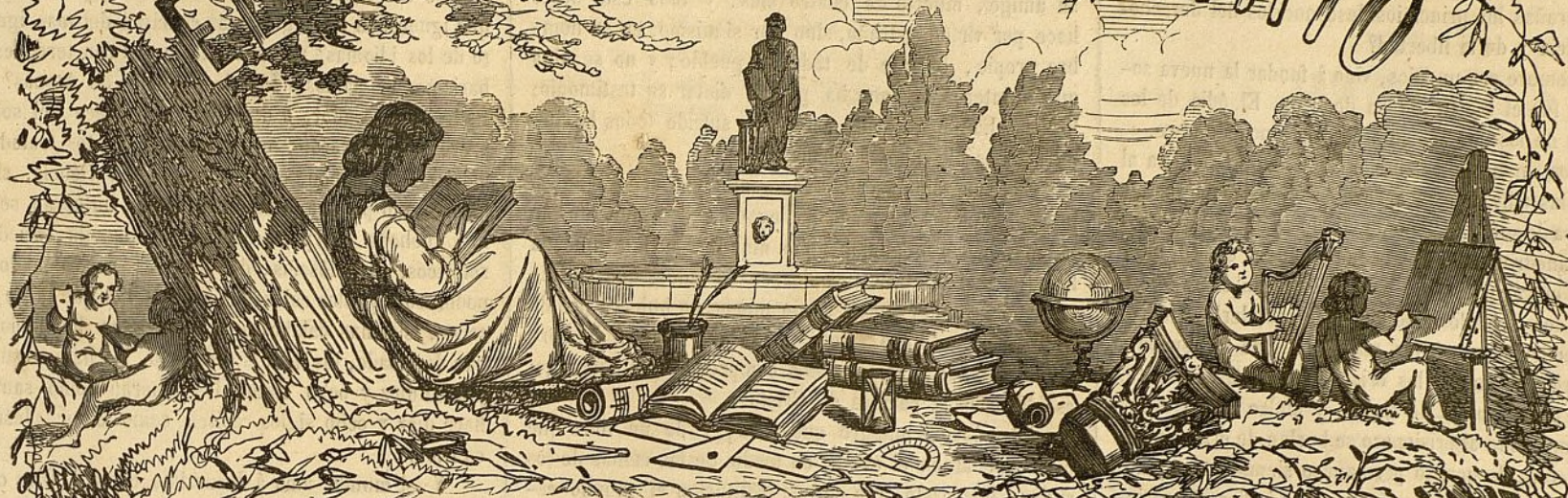


EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

25 Marzo 1866.

NÚM. 12.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 34 seis meses. — 66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.

AMERICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 7 ps.

AMERICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

SUMARIO.

Ecce-Homo, por el Conde de Fabraquer.—María al pié de la Cruz, (poesía) por D. R. Serrano Alcázar.—El Cristo

de las Olivas, boceto de Rubens.—El gran penitenciario en Roma.—Arqueología, por D. Buenaventura Hernandez Sahuja.—Escala vegetal, por D. Peregrin Garcia Cadena.—Plegaria, (poesía) por D. Teodoro Martel.—Del renacimiento literario en el siglo XV, por D. C. Ramirez de Arellano.—

¡Pobre madre! Balada, por D. José Lamarque de Novoa.—La granja del amor, (continuacion) por D. Pedro Moreno Villena.

Grabados. El Cristo de las Olivas, boceto de Rubens.—El gran penitenciario en Roma.

ECCE HOMO.

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, Amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

(LISTA.)

Reposaba el mundo aguardando un gran suceso. Agitábase una poderosa idea en el seno de las naciones, y todas las miradas se dirigian al Oriente, donde se hallaba la cuna de sus esperanzas. La humanidad aguardaba en Dios, porque todo se iba arruinando. Morian las creencias, el imperio del mundo que la victoria habia puesto en las manos de un solo hombre, á quien habian cantado los mas hermosos genios de su siglo, cuyas obras han quedado como monumentos del pensamiento humano, á quien la religion habia consagrado, á quien la esclavitud y el servilismo habian levantado altares en un templo, el imperio caia desde la altura, en que le habian colocado la espada de César y la política de Augusto, á la estúpida tiranía de Tiberio, que doblaba su frente bajo tan pesada corona, é iba á encerrarse en Caprea y á ocultar sus vergonzosas orgías y desórdenes.

Entonces en una ciudad de Judea, pais que habian conquistado á su paso por ella los romanos, moria un hombre sobre la cruz condenado por la autoridad pública. Algunas palabras esparcidas en la obra maestra de Tácito, el historiador inmortal de Tiberio, cuentan indiferentemente á sus contemporáneos que en aquel tiempo un Nazareno era condenado á muerte y ejecutado en Jerusalem por crimen de sedicion.

En efecto, el Nazareno pereció en el suplicio de la cruz. Hé aquí lo que se contaba de él: nacido en un establo habia crecido en la oscuridad y en la indigencia. Lo que jamás habia hecho reformador alguno lo hizo él, pasando treinta años de su vida, no en meditar sobre los sistemas filosóficos, no en viajar entre los sábios para estudiar la tradicion, sino pobre con los pobres, atravesando todos los dolores humanos hasta llegar al cumplimiento de su mision divina.

Los años se han sucedido á los años, y el mundo, habiendo envejecido diez y ocho siglos, ha visto que la soberanía y la gloria han cambiado de campo y de bandera. Todo lo que tan fuerte y poderoso era, ha caido. Todo lo que era pequeño y oscuro, se ha levantado. La raza de César habia desaparecido en la tempestad, sus palacios se habian hundido en medio de las ruinas de Roma entregada á los bárbaros. La tumba misma no habia guardado los huesos del que era el soberano del mundo, del que se habia visto en vida colocado sobre los altares. Otro señor manda el universo; por él conserva aun Roma hoy el cetro del mundo, empero gobierna de otro modo y á otros súbditos. El autor de esta asombrosa revolucion es el Niño del establo, y este soberano del universo es el Nazareno crucificado en Jerusalem. En tres años verifica su grande obra. Reune á su voz las turbas de la Judea. Nunca un hombre habló cual él: allí, donde los filósofos no habian sabido mas que tartamudear: allí, donde los legisladores se habian detenido, no osando pasar adelante, Cristo enseñaba y mandaba con una autoridad tan dulce y tan fuerte á la vez, que ella sola era un prodigio.

Jesucristo no solo resuelve todos los problemas del mundo en la parte mas eminente de su composicion, el alma, sino que vino á cambiar la faz del universo social,

á predicar el Evangelio, la buena nueva á los pobres, y á curar á los que sufrían en su corazon, anunciando la libertad á los que yacian entre cadenas, comenzando la civilizacion por donde habian concluido los otros legisladores. Proclama la igualdad de todos ante Dios. Ante él quedan confundidas todas las distinciones. Los mas adelantados legisladores que pueda tener el mundo, no podrán nunca escribir en sus códigos nada mas liberal y favorable á los pueblos que lo que Cristo estableció hace diez y nueve siglos. *¡Habrá para todos una misma ley!...*

Moisés en su legislacion no habia visto mas que hermanos; pero esta idea de la fraternidad judaica, tan generosa y grande en comparacion de las doctrinas que regian entonces el mundo, Jesucristo la aplica á todos los hombres, á todas las naciones. Para Jesucristo todos los hombres y todas las familias de la tierra no son mas que una sola y única familia. Eleva la condicion degradada y envilecida de la muger al nivel del hombre. Predica la humildad, la caridad y la beneficencia. Jamás el mundo habia oido proclamar una doctrina mas general y mas consoladora: el alma era igual al alma, el hombre era igual al hombre, y los ecos de la Palestina estendieron al universo entero este grito santo de emancipacion. A la voz de Jesucristo todos los hombres son libres, iguales y hermanos. Cuando atravesaba las poblaciones de la Judea con el poder de la palabra y de los milagros, la multitud se decia al oirle: *¿Nonne est hic Faber?* ¿Es este el artesano, el hijo del carpintero? Cuando condenaba á los fariseos, perdonaba contra todos sus acusadores á la muger adúltera, cuando lleno de indignacion cogia un látigo, y arrojaba fuera del templo á los vendedores que convertian en un mercado el templo del Señor, preguntaba así asombrada la muchedumbre: *¿Nonne est hic Fa-*

ber? ¿Es este el artesano? ¿Es un hombre el que desde el templo penetra en la sociedad, renueva su constitucion, ó mejor dicho, reconstituye sus elementos, que impregna toda entera de su propia vida, que hace penetrar hasta en sus entrañas los principios desconocidos del derecho, de la justicia y de la libertad?

Este hombre era un Dios, vino á fundar la nueva sociedad, y fue el mártir de su doctrina. El odio de los doctores y de los fariseos sublevó á la muchedumbre.

Después de haber celebrado la Pascua, Cristo va al monte de las Olivas; mas apenas sale de las angustias que acababa de sufrir, previendo el crimen que iba á entregarle al Sanedrín, se presenta Judas. Judas es el traidor que debe entregarle; ¿qué hace Cristo? Se entrega sin titubear á los soldados que vienen á prenderle. Pedro, para defender á su señor y maestro, saca la espada y corta la oreja de uno de los criados del gran sacerdote. Jesucristo toca la oreja de Malco, y Malco queda curado. Los que llevan al prisionero se burlan de él, le insultan, le hieren; Jesucristo permanece siempre tranquilo. Herodes le interroga para satisfacer una indiscreta curiosidad, Jesucristo no responde nada. Le revisten una túnica blanca en señal de burla y escarnio, y le llevan á Pilatos. El procónsul romano le pregunta: ¿Eres rey? y respondió: *Lo soy*. Este juez débil, que habia reconocido su inocencia, permite que le azoten, y pongan sobre su cabeza una corona de espinas y una caña por cetro en sus manos.

Doblan ante Cristo la rodilla para arrojar el sarcasmo y las palabras mas denigrantes, escupen sobre su hermoso rostro. Presentado al pueblo por Pilatos, que le dice: *¡Ecce Homo! ¡Ved aquí el hombre!* un grito unánime, furibundo, pide su muerte. Entonces es conducido al suplicio llevando sobre sí, según la ley romana, el instrumento de su muerte. Es crucificado entre dos ladrones. Los que pasan menean la cabeza blasfemando contra él. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos de Israel le desafían á que baje de la cruz, y parecen desafiar á Dios mismo á que lo descuelgue de ella. Ni una sola palabra de amargura sale de sus labios, y rogando por sus verdugos á la hora séptima del día, cubriéndose la tierra de tinieblas, oscureciéndose el sol, apagándose el fuego de Vesta y rasgándose el velo del templo, inclina Jesucristo la cabeza y espira, rasgándose al mismo tiempo la ley del mundo esclavo!...

Jamás presencié el mundo una muerte semejante. Todas las circunstancias de su pasión habian sido contadas mil años antes circunstanciadamente por los profetas. ¿Qué individuo podia ser bastante hábil y poderoso para poder fundir exactamente todos sus proyectos en un molde dado de antemano, y proclamado por los siglos para representar un papel marcado? Si ese individuo no es mas que un ambicioso ó un hombre, ¿consentiría en morir como murió Jesucristo?

No, era Dios, y tres días después de su muerte, á pesar de haberse sellado su sepulcro con el sello del César, y haberse puesto numerosas guardias para custodiarlo, que tenían misión de justificar el crimen del pueblo y del Estado, probando la impostura de la víctima que habia anunciado su resurrección, se verificó esta resurrección según su palabra. Y aun permaneció en el mundo mostrándose á sus Apóstoles, conversando y comiendo con ellos, y después, á los cuarenta días, en su presencia y en la de su madre, que habia asistido á la agonía del Gólgota, se elevó á los cielos, dejando al mundo por herencia una religion que durará hasta el último día de los siglos, siendo las pruebas irrecusables de la divinidad de Jesucristo un hecho, un libro y una institución.

¡El hecho son sus milagros, el libro el Evangelio, la institución la Iglesia!

El milagro es la mas brillante, la mas popular, la mas irresistible de las pruebas. Es un hecho público, un hecho que se toca, que se palpa, que se apodera de los sentidos y del alma. Cristo, con una palabra, calma la tempestad, camina firme sobre las olas, y mul-

tiplica el pan para alimentar en el desierto las inmensas y hambrientas turbas, dá vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, hace obedecer á la muerte contra la naturaleza, reanima el cadáver de Lázaro, su amigo, muerto de cuatro días, y todo esto no lo hace por virtud estraña, sino por sí mismo, en su nombre propio, delante de todo un pueblo; y no se diga que el interés humano ha podido dictar su testimonio; los que han atestiguado esto han sufrido todas las inmolaciones, la muerte misma....

El Evangelio es un monumento que eclipsa todos los monumentos que nos ha legado el pensamiento de los mas célebres génios, que ninguna medida humana basta á abarcar. Libro al alcance de todos, que un niño lo comprende, que el génio mismo no hubiera podido inventar. Este libro es como el cielo: ningún hombre hubiera podido crearlo, todos comprenden su lenguaje: ese libro es la palabra de Cristo.

Además del milagro que pasa, y de un libro que pudo quedar en el olvido en medio de las ruinas de los siglos, Jesucristo crea en una institución el mundo espiritual. La Iglesia es, bajo una forma exterior y visible, la constitución viva de las inteligencias, es el reino de las almas en la tierra. Nadie antes de Jesucristo habia oído hablar de este reino. Existían sin duda en el seno de la humanidad sus elementos; ¿pero quién los ha sacado del caos? ¿Quién les ha dado leyes y ha hecho de ellos un mundo nuevo? ¿Quién ha cogido este mundo en sus manos, y lo tiene, por decirlo así, suspendido en el aire y sin apoyo, y esto hace diez y ocho siglos? Este mundo es la creación de Jesucristo. Nada mas grande, nada mas armónico, nada mas vivificador, nada mas fecundo.... nada mas divino.

Para la creación del universo material no necesitó Dios mas que una palabra; no necesitó mas Jesucristo para producir su Iglesia. Dijo una palabra: «Venid, seguidme.» Esta palabra le dió sus discípulos. Dice otra palabra: «Id y enseñad.» Y esta segunda palabra le dá el apostolado, la gerarquía, la autoridad. Y esta Iglesia dura y durará hasta la consumación de los siglos.

Dos medios habia de estenderla, la fuerza y la persuasión; la fuerza, que tan gran papel ha hecho en el mundo, y de que están llenos los anales de la humanidad, tiene triunfos sangrientos, pero pasajeros. Si la religion de Cristo hubiera sido una institución humana, hubiera podido pretender este género de suceso; y en verdad, en aquella época de decadencia universal, en que todo caía en ruinas, en que los orgullosos romanos adoraban divinidades, que se llamaban Tiberio; y un poco mas tarde Neron, Domiciano, Calígula; en que las almas amoldadas á todos los despotismos, es decir, al del vicio, no tenían energía sino para el placer, parecia llamada la fuerza á inesperados triunfos. Jesucristo condenaba la fuerza y glorificaba la paz. Dulce y humilde de corazón, quiso que se opusiese á la violencia de la tiranía una arma nueva en el mundo, la caridad. Mandó á sus discípulos que combatesen descubriendo sus pechos y sabiendo morir. Y esta enseñanza de tal modo se grabó en ellos, que durante tres siglos se llenó el mundo de sangre cristiana, y durante tres siglos no se oyó mas que el ruido del hacha al caer sobre las víctimas, los denuestos, la alegre algazara de los verdugos por una parte, y por otra, las palabras heroicas, la oración ardiente y los últimos suspiros de los mártires.

Cristo emplea la persuasión para difundir en el mundo su divina doctrina. Llama un día, á orillas del lago de Galilea, á doce pescadores, de los que el uno se llama Pedro, el otro Andrés, el otro Santiago.... Los instruye durante tres años, lo que bastaria apenas entre nosotros para aprender á hablar correctamente la lengua; después los envia por el mundo diciéndoles, marchad.... Tú á Alejandría en medio de la filosofía ecléctica: tú en medio de la juventud brillante y burlona de Atenas: tú á los Scitas: tú á la India: tú á Jerusalem á desafiar el odio de los sabios de la sinagoga: tú, Pedro, á Roma al lado del Capitolio, vé, marcha á hacer-

me adorar al lado de Júpiter. ¿Con qué podia contar Cristo, el hijo de un carpintero, el hombre oscuro, condenado á muerte por la autoridad pública de su país, al enviar estos estraños mensajeros de su doctrina? ¿Sobre la elocuencia de estos rudos hijos del pueblo, que ignoraban las reglas mas concisas del mas ignorante de los idiomas? ¿Irian á estremecer con terribles barbarismos los sabios oídos de Roma y de Atenas? ¿Iria, Pedro el pescador, á disputar con Séneca, el soberbio preceptor de Neron, que ha dejado tantos tratados de filosofía? Pues bien, estos hombres sin ciencia, sin riquezas, sin política, que de nada les hubieran servido, han luchado cuerpo á cuerpo con aquella sociedad de retóricos, de filósofos, de hombres desordenados, de poderosos, y ellos solos, sin mas fuerza que la de Jesucristo, sin mas palabra que la suya en los labios, los han derribado, los han encadenado, los han persuadido, y hace diez y ocho siglos los veneran como santos, y hace diez y ocho siglos repiten como ellos: ¡Jesucristo es Dios!

Y el mundo ama á Jesucristo como á Dios cual no podia amar á un hombre solo. Era altamente imposible que un puñado de polvo, que estuviese después de diez y ocho siglos en un sepulcro, y en un sepulcro que no existe en ninguna parte, pudiera escitar el amor mas apasionado, mas heroico, mas propagado que se ha visto en el mundo. Se ha visto á muertos célebres escitar una sedición; se ha visto el cadáver sangriento de Lucrecia derribar la monarquía de los Tarquinos; se ha visto el cadáver ensangrentado de Virginia derribar el poder decenviral de la república romana; se ha visto el cadáver sangriento de César escitar á Roma á la venganza, y su sombra cerniéndose sobre la batalla de Accio, decidir tal vez la victoria y los destinos del mundo. ¿Pero quién ama hoy con un amor verdadero, con un amor interior á César, á Alejandro, á ninguno de los héroes que han gobernado el mundo? ¿quién por ninguno de ellos, ni por su nombre daria sus bienes y su vida, como tantos millones de hombres están dispuestos á darla hoy por Jesucristo?

Vamos á terminar este artículo con un pensamiento del emperador Napoleon I, escrito en la isla de Santa Elena, prueba magnífica de la Divinidad de Jesucristo, y que no desdeñaria la pluma mas religiosa y elocuente de los mas grandes apologistas de la religion cristiana.

Oigamos al emperador Napoleon.

«Yo conozco los hombres, y os digo que Jesucristo no es un hombre. ¿Concebís á César emperador eterno del senado romano, y desde el fondo de su mausoleo gobernando el imperio y velando sobre los destinos de Roma? ¿Concebís un muerto que tiene soldados sin paga, sin esperanza en este mundo, y que les inspira el valor en las privaciones mas extraordinarias? ¡Hé aquí el milagro perpétuo de Jesucristo! Todos los que creen en él, sienten este amor superior é inesplicable: yo esto es lo que admiro mas y lo que me prueba absolutamente la Divinidad de Cristo. Yo tambien he entusiasmado las muchedumbres, pero necesitaba mi presencia, una palabra de mi boca, la electricidad de mi mirada: entonces yo encendia el fuego sagrado: hoy, clavado sobre esta roca, ¿qué soy al presente? aun unos instantes mas, y mi cuerpo será pasto de gusanos. ¡Qué profunda miseria, qué diferencia entre mí y el reino eterno de Jesucristo, siempre amado, siempre vivo en el universo! ¡Qué milagro! ¡Hé ahí un conquistador, que se incorpora á sí mismo la humanidad; cosa asombrosa, el alma humana convertida en la propiedad de Jesucristo.»

Los dos mas grandes Césares del mundo antiguo y moderno, CONSTANTINO y NAPOLEON I, han probado la divinidad de la religion cristiana; el uno proclamándola la religion del mundo en el siglo III, y el otro, restableciéndola en el imperio francés en el siglo XIX!...

EL CONDE DE FABRAQUER.

MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
Dum pendebat filius.

I.

Densa niebla baña el suelo
Sobre las verdes alfombras;
La noche tiende su velo,
Y se cubre el ancho cielo
Con negro manto de sombras.
Gime el aura, llora el río,
El viento medroso zumba;
Y mudo, pasmado y frío,
Como cadáver sombrío
El mundo se alza en su tumba.

Suena un eco dolorido
Que en los espacios aterra;
Es un sollozo, un gemido,
Que va rodando perdido
Por los antros de la tierra.
Es un alma á quien zahiere
La tormenta bramadora;
Es un sér que vida quiere;
Es un corazón que muere;
Es una madre que llora.

¡Una madre! De tristuras
Cuando una madre va en pos,
Por un cauce de amarguras
Llegan sus lágrimas puras
Hasta las plantas de Dios.

Miradla; al pié del madero
Y un cadáver en sus brazos;
Muerto está su amor primero,
Inerte el fruto hechicero
De sus amorosos lazos.

Miradla; los tintes rojos
Contempla del crucifijo,
Y van juntas entre abrojos
Las lágrimas de sus ojos
Y la sangre de su hijo.

¡Del Gólgota triste planta!
Contemplad, aunque os asombre,
Cuán augusta se levanta:
Esa es la víctima santa
Que vino á salvar al hombre.

II.

Dijo Dios: «Eres mi grey;»
Y el hombre escuchó al Eterno.
Dijo el averno: «Eres Rey;»
Y el hombre tomó por ley
Lo que le dijo el averno.

Se levantó coronado
Con la crin de una serpiente;
Y desde entonces airado
La soberbia del pecado
Ostenta el hombre en la frente.

Hubo gentes; se esparcieron
Por la estension infinita;
Y las gentes que vinieron
La negra mancha trajeron
Sobre su frente maldita.

Oyendo rugir los males
Se asombró la omnipotencia;
Y dijo al mundo: «Mortales,
»Yo os lavaré esas señales
»En el mar de mi clemencia.

»Un Dios-hombre haré nacer
»Que os salvará de ese abismo
»Do irá su sangre á verter.
»Su padre.... seré yo mismo,
»Y su madre.... una muger.»

Dijo, y entre nubes de oro
Dosel del ancho palacio,
Ferviente, acorde y sonoro
Se oyó un dulcísimo coro
Y un nombre rodó al espacio.

Nació el árbol del consuelo,
Lució purísimo el día,
Y rasgando el ancho velo

Los ángeles desde el cielo
Saludaron á MARIA.

Ella, la casta doncella,
Sintió un sueño arrobador,
Miró brillar una estrella,
Y vió el nombre escrito en ella
De la madre del Señor.

La asaltan vagos temores
En sus sueños de azahar;
Despierta en lecho de flores,
Oye cánticos de amores
Y vé un arcángel llegar.

¡Gabriel! Riente y sereno
Su seno torna fecundo,
Y un ángel brota en su seno,
Es un sér de vida lleno;
Es Dios que redime al mundo.

III.

Nació y á constante guerra
Se entrega sumiso y tierno.
Espira.... el orbe se aterra,
Y se ha cumplido en la tierra
La palabra del Eterno.

.....
.....
.....

Su triste oscuro capuz
Van estendiendo las nieblas;
El sol esconde su luz;
Solo se vé en las tinieblas
Una muger y una cruz.

Vedla allí; sufre María
El dolor de su quebranto;
Vió de su amor la agonía
Y por él al cielo envía
Los raudales de su llanto.

Llorad, mortales, la hora
Que del mal fuisteis en pos.
Esa Virgen os lo implora;
Sí, que vuestras culpas llora
La dulce madre de Dios.

R. SERRANO ALCAZAR.

EL CRISTO DE LAS OLIVAS,
BOCETO DE RUBENS.

El cuadro, cuya copia publicamos en este número, pertenece á la rica coleccion de la galería d' Espagnac. En la época del año en que nos encontramos, creemos que nuestros suscritores verán con gusto la copia de una obra de arte debida al pincel de un artista de fama universal.

EL GRAN PENITENCIARIO EN ROMA.

En la Iglesia católica los simples presbíteros no tienen poder para absolver ciertos pecados, como el parricidio, el envenenamiento, el incesto, el duelo, los maleficios y otros que se llaman reservados y no pueden ser perdonados mas que por un confesor cardenal que se llama gran penitenciario, y que egerce su cargo durante tres dias, que son el miércoles, jueves y viernes santo.

El miércoles santo el gran penitenciario desempeña su ministerio en la iglesia de San Juan de Letran, el jueves en Santa María la Mayor y el viernes en San Pedro. Allí se le vé sentado sobre una especie de silla curul ó trono, vestido de morado, que es el color de luto de los cardenales y rodeado de monseñores, canónigos y de hermanos conventuales, de los que uno de ellos lleva la varilla simbólica con la que el cardenal toca la cabeza del pecador perdonado. El autor del cuadro cuya copia publicamos en este número, Mr. Guillermo Wider, ha escogido el momento en que el gran penitenciario abraza al penitente en señal de reconciliacion y

aludiendo á la parábola del hijo pródigo que vuelve al seno de la familia despues de grandes faltas. Frailes, gente del pueblo, una dama romana con su hijo vestido de abate y otros personajes casi todos de rodillas, presencian la escena pintoresca que acabamos de describir.

ARQUEOLOGÍA.

Son innumerables las lápidas con inscripciones, que estraidas de entre las ruinas de Tarragona en diversas épocas, fueron mencionadas por Apiano, Schotto, Morales, Pons de Icart y otros, y coleccionadas por Gruter; pero gran parte de ellas por desgracia fueron sepultadas otra vez, empleándolas á manera de sillares, si no se destruyeron en los siglos de ignorancia y abandono que sucedieron á la brillante época del preclaro D. Antonio Agustin, digno arzobispo de aquella Metrópoli y decidido protector de las antigüedades. Por fortuna, la esquisita vigilancia que al presente se egerce en las excavaciones, que de continuo se practican en varios puntos de la capital de la España Citerior, ha contribuido á salvar muchas de las que con sobrada razon se creian perdidas para siempre.

Hace pocos dias, que con motivo de unas reparaciones, se descubrió formando parte de una antigua casa, una de aquellas perdidas lápidas, que en virtud del sentido de su inscripcion habia sido creida apócrifa por los eruditos modernos, tanto, que no la mencionaron el P. M. Florez en su *España Sagrada*, ni el abate Masdeu en su copiosa coleccion epigráfica. Esta lápida, pues, la hemos recogido y salvado de la destruccion, hallándose al presente en el Museo arqueológico; es de mármol jaspeado y tiene 80 centímetros de altura, por 65 centímetros de ancho y 85 centímetros de profundidad, y su inscripcion, que se halla bien conservada, se espresa así:

C · ANNIO · L · F
QVIR · FLAVO
IVLIOBRIGENS
EX · GENTE · CANTA
BRORVM
PROVINCIA · HISPA
NIA · CITERIOR
OB · CAVSAS · VTILITA
TESQVE · PVBLICAS
FIDELITER · ET · CON
STANTER · DEFENSAS

El erudito Dr. D. Gerónimo Pujades, archivero que fue de la Corona de Aragon, en su *Crónica de Cataluña* (lib. III, cap. 61), hace mencion de la indicada lápida, y la traduce de esta manera: «La Provincia de la España Citerior puso esta memoria á Cayo Annio Flavio, hijo de Lucio, de la tribu Quirina, natural de Juliobriga en Cantabria, porque con gran fidelidad y constancia habia defendido los intereses públicos.» El cronista catalan, fundado en lo que dice Plutarco, y engañado tal vez por la semejanza del nombre, cree que la lápida corresponde á Cayo Annio, pretor de la Tarraconense,

enviado á España ochenta años antes de nuestra era por el dictador Sila contra Sertorio; en su consecuencia hace al general romano español, natural de Juliobriga en Cantabria. Para afirmar esta gratuita suposición, el cronista, de su propia cuenta, y sin apoyarse en autoridad alguna añade, que concluido el año de su pretura, Cayo Annio regresó á Roma, donde en el senado defendió la causa de sus paisanos partidarios de Sertorio, contra quienes iba á espedirse un cruel decreto de esterminio, el cual se retiró oídas las razones alegadas por el ex-pretor cántabro, de lo que justamente agradecida la provincia de la España Citerior, le erigió en el foro de Tarragona una estatua con mencion honorífica.

Desde luego se colige que el escritor barcelonés, movido de un amor patrio llevado al esceso, inventó toda esta historia, que como dijimos, no se halla consignada en ningún escritor antiguo; pensamos así, porque nos repugna creer que el Dr. Pujades, persona llena de erudicion y que conocia á fondo los clásicos, pudiera, afectando ignorancia, confundir al Cayo Annio Flavo juliobrigense, con el Cayo Annio, amigo de Sila, ni deducir todas las consecuencias que gratuitamente espone en su *Crónica de Cataluña*. Es preciso saber, y no lo desconocía Pujades, que el nombre Annio era muy comun entre los romanos, y en las lápidas de España

lo vemos repetido con mucha frecuencia, pero siempre seguido del cognomen para distinguirlos y evitar confusión: precisamente en Tarragona se conservan memorias de cinco Annios, que nada tienen de comun entre sí, ni con el perseguidor de Sertorio, que por otra parte no era hijo de Lucio como espresa la citada inscripcion.

Esta lápida desapareció repentinamente, y los escritores que siguieron á Pujades creyéndola sin duda apócrifa, por las razones que dejamos espresadas, no las continuaron en sus catálogos dejando de mencionarla; y si lo hace el erudito Finestres es con ciertas salvedades, porque en efecto, si la inscripcion hubiese sido dedicada al pretor como se pretende, indudablemente hubieran consignado en ella sus títulos y dignidades, circunstancia de que nunca se olvidaban los romanos, ni menos los que querian adular al poder. El monumento, sin embargo, ha reaparecido; por tanto no es apócrifo, ni podemos dudar de su legitimidad; pero desde luego aseguramos, bajo nuestra palabra, que la inscripcion, lejos de ser arcaica, como pensó Pujades, y de la época de la república, pertenece por el contrario al alto imperio, y comparada la forma de la letra con otras muy conocidas, nos ha hecho convencer plenamente que corresponde al tiempo del emperador Adriano, estando bien persuadidos de que si el Dr. Pujades hubiese visto la inscripcion que describió (ya sepultada á la sazón) y sabide distinguir por la forma de los caracteres que la componen la época á que verdaderamente pertenecía, en vez de atribuir á su Cayo Annio Flavo una gloria mentida, como verificó en un momento de entusiasmo patriótico, sin apartarse de la verdad histórica, le hubiese podido consignar un lauro legítimamente conquistado, mereciendo en su consecuencia el bien de la patria y el aprecio de sus conciudadanos: nos explicaremos.



EL CRISTO DE LAS OLIVAS, BOCETO DE RUBENS.

Sobre el año 121 de nuestra era vino el emperador Adriano á España, estableciendo su corte en Tarragona donde pasó todo un invierno. El principal objeto del viaje del emperador á España y la causa de su permanencia en la capital de la Citerior, segun se deduce de Sparciano, fue la de reunir córtes en ella para pedir á los españoles subsidios de guerra en hombres y dinero, á cuyo fin las principales ciudades de la Península enviaron sus representantes á la capital, y con una entereza de ánimo que admiró al mismo emperador le negaron esta petición, defendiendo con energia los derechos patrios. Adriano sostuvo por sí mismo sus pretensiones en esta asamblea, pero por fin hubo de convencerse de las razones espuestas en contra por los diputados españoles, y con una moderacion que le honra, en vez de hacer cumplir su voluntad como dueño absoluto, no solo les relevó de aquella onerosa contribucion, si no que prodigó á los españoles, sus paisanos, todas las gracias y beneficios que pudo, construyendo caminos á costa del erario y restaurando el magnífico templo que la piedad de los tarraconenses habia levantado en memoria del emperador Augusto.

Con estos antecedentes, pues, nada de particular tendria que Cayo Annio Flavo, de la época de Adriano, hubiera sido uno de los diputados que con mas fidelidad y constancia hubiese defendido los intereses y utilidades públicas, de lo que agradecida la provincia de España Citerior le mandara erigir una estatua y una pública y honrosa manifestacion que puso en el foro de Tarragona, en donde existia aquel monumento. Apoyado en esta hipótesis racional, hubiera podido el Dr. Pujades consignar á su Cayo Annio, juliobrigense, una inmarcesible gloria, tanto mas justa, cuanto que si es cierto lo que presumimos de que hubiese sido uno de los procuradores de la España Citerior que con mas

energia abogara por los intereses patrios en tiempo de Adriano, nada por cierto tenia que envidiar al antiguo pretor, que en suma vino á España en aquella época á añadir un eslabon mas á la cadena, que gracias á nuestras discordias civiles, íbamos nosotros mismos labrando para entregarnos posteriormente aherrojados de piés y manos á los emperadores, quienes abusando de nuestra lamentable division, prodigaron la sangre y los tesoros de los invencibles iberos para aumentar su orgulloso poderío, lo que con sobrada energia y desenfado echaron en cara al emperador Adriano los diputados españoles reunidos en el congreso de Tarragona en tiempo de Cayo Annio Flavo, natural de Juliobriga, mencionada en la inscripcion nuevamente recobrada.

BUENAVENTURA HERNANDEZ
SANAHUJA.

ESCALA VEGETAL.

Enriqueta á Dolores.

17 de Marzo.

Dolores mia: ya estoy en Madrid y creo que para siempre.

He viajado mucho durante los tres meses que acaban de trascurrir. El deseo de Carlos se ha cumplido.

He visto las orillas del Rhin, los lagos de Suiza; he recorrido con Carlos esos respiraderos de la poesia y del sentimiento donde él ha encontrado siempre tan dulces emociones, y solo he visto horizontes empañados y aguas dormidas ó macilentas.

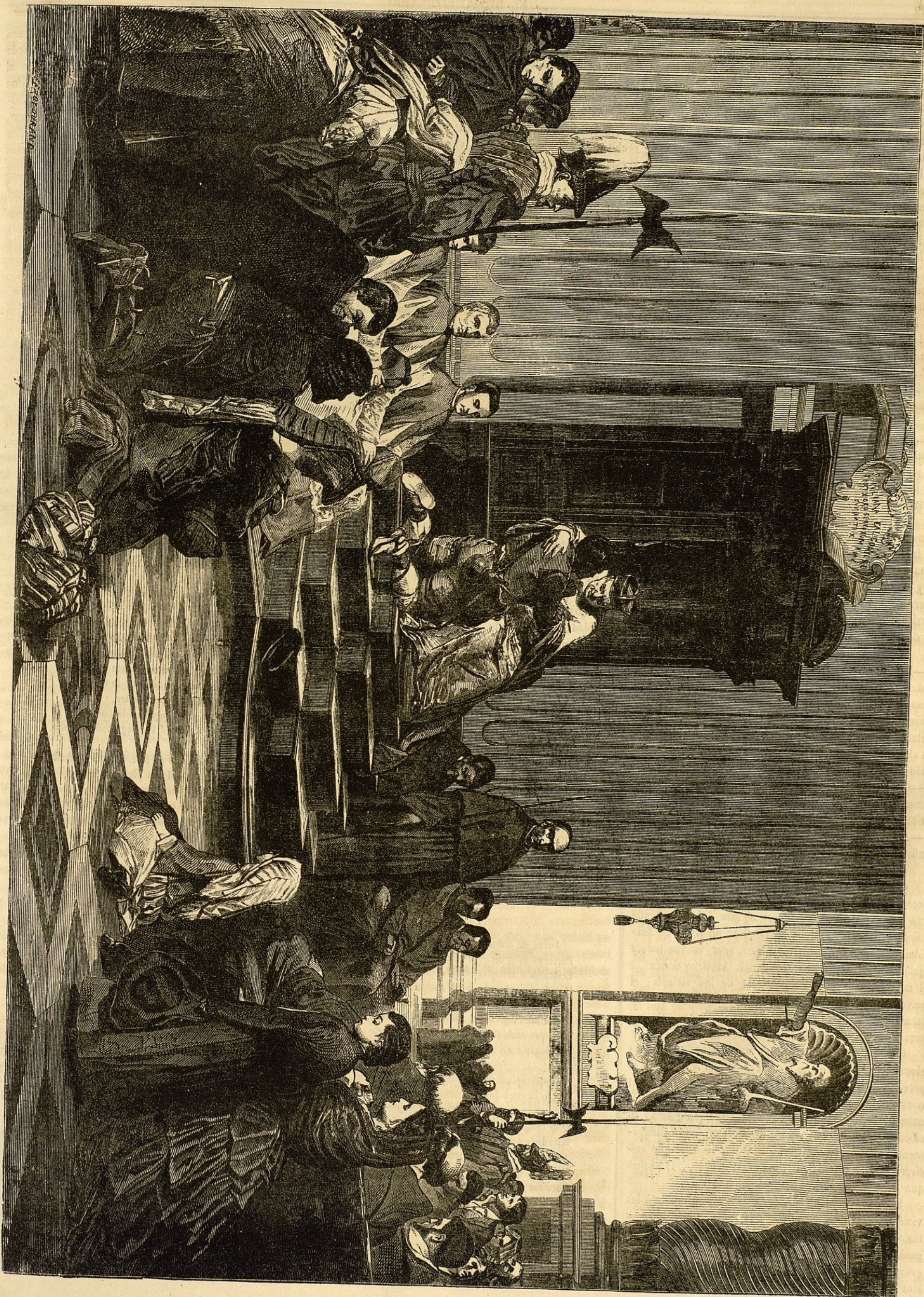
Huíamos del mundo y hemos cruzado como el rayo los grandes centros de poblacion, de noche, sin aceptar siquiera su reposo, devorando el espacio entre las tinieblas, como los ginetes fantásticos de las leyendas alemanas.

Al pasar por esos hervideros de la sociedad, he sentido ráfagas de vida que han despertado en mi pecho como el eco de una felicidad pasada.

Pero ¡ay Dolores! ¡cuán faláz es á veces el deseo y cuán difíciles de renovar las emociones sentidas!.... Carlos no ha vuelto á encontrar el pais de sus ilusiones: su espedicion creo que ha sido una série de desengaños. Le he sorprendido muchas veces infraganti delito de aburrimiento y he creído en la posibilidad de una crisis. No ha encontrado la patria de sus ilusiones;... la nostalgia de los poetas ha hecho presa de su alma y he creído encontrar un momento favorable para hacer resonar en sus oídos la palabra París, no ya para satisfacer un deseo que no siento, sino para ver si este cambio de vida y de objetos influia favorablemente en su ánimo.

Diplomacia perdida.... Carlos no ha hecho caso de mi insinuacion y hemos seguido engolfándonos en las nieblas del norte en busca de aquella dicha tan ponderada, de aquella poética felicidad de dos seres consagrados el uno al otro y nutridos del mútuo afecto.

Creo, Dolores mia, que mi sacrificio ha sido inútil; creo que el desencanto que ha experimentado Carlos al volver á ver los paisajes de sus ilusiones, velados por el ambiente frio del invierno, es un presagio de lo que me espera.... Yo tambien soy un paisaje; yo tambien soy una ilusion que velarán las nieblas del hastío....



EL GRAN PENITENCIARIO EN ROMA.

No te asustes, Dolores mia.... Son presagios, temores, inquietudes, que á decir verdad no tienen gran apoyo en los hechos.... Son desvios pasajeros que no tienen valor apreciable si no es en la intuición esquisita de la muger.... Su adoración ha sido siempre tan ardiente, tan fanática, que la mas leve omisión en el culto pone de mal humor á la deidad acostumbrada al incienso.

Por lo demás, una sola emoción profunda he experimentado durante la correría sentimental que acabo de hacer en pos de las fugitivas ilusiones de Carlos. Entre las nieblas glaciales de Suiza, á orillas del Lago Mayor, me ha sido revelada por vez primera la inefable dicha de la maternidad....

Tú sabes lo que es eso, Dolores mia: Dios te ha iniciado en el dulce secreto de esa felicidad, aunque no te ha permitido gozarla por mucho tiempo.

Misterioso manantial que inunda de repente nuestro sér!.... Dime, Dolores mia. ¿Será como la lluvia benéfica que viene á dar nueva vida á la planta que vá á agostarse?... ¿Será una compensación providencial que Dios envía á la muger en el momento en que vá á morir el efímero amor del hombre?

El amor, como es de naturaleza divina, busca su patria. A medida que sube se purifica, y en la última trasfiguración despliega las blancas alas del ángel y se viste de pureza. ¿Qué cosa mas pura puede existir que el amor de la madre, el último y el primero de los amores de la tierra?

Ese sentimiento debe ser una nueva luz del alma. Desde que palpita en mi sér comprendo cuán solemne es la vida del sentimiento. Amo á Carlos mas que nunca; mas que nunca necesito de su cariño, y á medida que voy entrando en el exámen de mí misma, vencida de una fuerza extraña y nunca sentida que me impulsa á la reflexión, comprendo y ambiciono ese amor que me parecia el delirio de un espíritu exaltado....»

—La crisis, dijo Fernando interrumpiendo á Luis: sobrecitación de la sensibilidad; sed de cariño; depresión de los instintos frívolos: terribles prodromos de la fiebre moral que invade una vez en la vida á la muger; estado peligroso para un marido que no sepa elevarse á la altura del amante mas apasionado; fatal para un marido que ha relajado los vínculos conyugales.

—O lo que es lo mismo, interrumpió á su vez Luis; causa predisponente de una enfermedad del alma que en la clínica moral se llama desvío, infidelidad.

—Adelante, repuso Fernando, considerando el punto suficientemente discutido.

«Necesito verte, Dolores mia, continuaba la carta, necesito ver á Elena y espero con ansia la primavera que nos ha de reunir. Vosotras sois felices y donde quiera que habiteis se ha de respirar ambiente de felicidad.... Quiero medir la mia.... por la vuestra, y ojalá no tenga nada que envidiaros. Abril se acerca.... el mes de los recuerdos; la fiesta de las violetas; el aniversario de aquella flor del campo que Carlos hizo mensajera de la mas pura, de la mas vehemente expresión de su cariño. Pronto nos veremos.

Creo, amiga mia, que me voy haciendo supersticiosa. Ya me parece que las flores hablan y predicen el porvenir. Creo que esas hijas del campo, cuando están consagradas por un afecto del alma, empiezan á vivir cuando se mueren y que no hay lenguaje que iguale á su elocuencia muda. Ayer, por primera vez, entré furtivamente en el cuarto de Carlos á visitar la caja que encierra mis violetas de la primavera anterior.... Ya sabes que para él esa caja es el arca santa del amor.

Pero hay que añadir que mi visita clandestina á las violetas marchitas, ha sido una inspiración del ángel malo.... Así que he llegado á Madrid, mi odioso perseguidor ha dado señales de vida; por tercera vez ha encontrado medio de hacer llegar á mis manos su misiva insidiosa. Su traidor estilite ha venido como siem-

pre, empapado en el veneno mas sutil. Está visto, el soborno ha entrado en mi casa y es fuerza averiguar cuál de mis criados es el cómplice de ese hombre.

Esta vez ha sido mi devocionario el encargado de trasmitirme la gota de hiel que destila de cuando en cuando la pluma del señor de Alcazar. Al tomar el libro cayó sobre la mesa una tarjeta y algunas violetas marchitas. La tarjeta era suya y en el reverso se leían estas palabras escritas con lápiz:

«Tengo el gusto de mandar á V. unas violetas marchitas que sin duda formaban parte de la colección que se conserva en una caja primorosa. Esas flores debieron perderse en las márgenes frías del lago de Constanza.»

¡El lago de Constanza! Allí he sentido la primera alegría de las madres. ¿Qué quiere decir ese hombre? ¿Es un profeta?... ¿Es un profundo disector del corazón humano?... ¿Es que lee en mi pensamiento? No lo sé; pero esas flores, esas palabras, la época y el lugar que recuerdan, son el eco de mi propio corazón.... El lago de Constanza.... Si, allí he temido por vez primera; allí se ha despertado en mi alma la primera inquietud profunda de la muger enamorada. Esas flores, ese recuerdo me han trastornado. He corrido al gabinete de Carlos.... La caja estaba allí, como siempre, sobre la mesa en que trabaja.... La he abierto.... Las violetas se conservaban intactas.... Ninguna señal de abandono.... Si mi obstinado profeta de calamidades presumía que la casualidad vendría en apoyo de su pífida insinuación, se ha equivocado por esta vez. Si sus profecías son meras conjeturas, hijas del amor propio herido, ¡quiera Dios que no tengan nunca mas sólido fundamento!... Si su recuerdo del lago de Constanza y el principio de frialdad que sus frases misteriosas atribuyen á Carlos, son hijos de la confianza profunda que abraza en la inestabilidad del sentimiento.... ¿qué es entonces el amor, qué es entonces el hombre?...

21 de Marzo.

He pasado el día sola. Por primera vez Carlos ha podido vivir doce horas lejos de mí.... Carlos tiene ya amigos.... compromisos de amistad... No, no son celos, Elena; es frío. No me engaña; me hiela. Los celos aun son la pasión, la lucha, la vida;... y lo que presiento es la muerte.

¡Necia, necia de mí! He renunciado al mundo conocido para encontrar otro universo en sus brazos, y al llegar á ellos empiezo á descubrir un desierto!..

PEREGRIN GARCIA CADENA.

PLEGARIA.

Auras de amor que acariciáis las flores;
Parleras aves de argentada pluma;
Cristalinos arroyos bullidores;
Rizados montes de nevada espuma;
Regalen vuestros ecos seductores
Luz á mi inspiración, fuego á mi pluma,
Hoy que ambiciono con ferviente anhelo
Mi plegaria de amor, llevar al Cielo.

Contempladle; del Gólgota en la cumbre
Ya de la cruz de Redención pendiente,
Y cercado de inmensa muchedumbre
Que sangre pide en su delirio ardiente.
Miradle en su infinita mansedumbre
Aun implorar por la precita gente,
Y es Él, que con la luz de su mirada
Tornara á el mundo á su primera nada.

Él, que le dió su misterioso aroma
Y su manto de nieve á la azucena;
Él, que del mar los huracanes doma
Con débil playa de menuda arena;
Él, que es la luz de donde el sol la toma;

Él, que de amor el universo llena;
Él, que dió al orbe animación y vida,
Sufre muerte cruel, muerte homicida.

Soberano Señor: desde esa altura
Do brilla el iris de celeste aurora;
Donde no te comprende la criatura
Pero entusiasta el corazón te adora,
Vierte en mi corazón tu lumbre pura
Afable oyendo al que tu amor implora,
Para que solo de tu amor me precie,
Y el mundo todo y su placer desprecie.

Dame ¡oh Señor! la sacrosanta hoguera
Que á Misael le diste y á Ananías
Que al rey de Babilonia convirtiera:
Dame la ardiente fe de Azarías;
E inspiradas en luz tan verdadera
Llegarán hasta tí mis armonías,
Cual la que al cielo en espirales sube
De leve incienso vaporosa nube.

Que yo te adoro ¡oh Dios! en la Judea
En brazos de una madre cariñosa,
Y entusiasta te admiro en Galilea
Do escucho tu elocuencia poderosa:
Yo te adoro en Sion que se recrea
En tu muerte cruel, muerte horrorosa;
Sí, que te adoro con amor profundo
En la grandiosa Redención del mundo.

Yo te adoro en las aguas del torrente
Que desbordado ruge en la espesura;
También te adoro en la tranquila fuente
Que reviste de flores la llanura;
Yo te adoro ¡oh Jesús! en el potente
Brillante sol que en el zenit fulgura;
En la región del proceloso viento,
Y aquí en mi alma á quien le das su aliento.

Yo adoro tu poder y tu grandeza,
Y tu infinita magestad admiro,
De la risueña flor en la belleza,
Del astro rey en su constante giro,
De la enhiesta montaña en la maleza,
De triste soledad en el retiro,
De estrellas en la espléndida corona,
Que todo ¡oh Dios! tu magestad pregona.

Y si ese mundo en la crueldad del hado
Me brinda audáz de su placer la copa,
Para calmar mi corazón turbado
Solo tu nombre sonará en mi boca;
Que él ahuyenta las sombras del pecado
Porque es de amor la gigantesca roca,
Donde se estrella con batir profundo,
El mezquino placer que ofrece el mundo.

TEODORO MARTEL.

DEL RENACIMIENTO LITERARIO

EN EL SIGLO XV.

Artículo 1.º

A la decidida y generosa protección que la poderosa familia de los Médicis dispensó á cuantos cultivaron las ciencias ó las buenas letras, se debió en gran parte el inmenso desarrollo que tomó en Italia la afición á los estudios clásicos. Cosme, el primero y mas ilustre de aquella casa, elevado al poder no por el derecho de fuerza como casi todas las familias reinantes, sino por sus virtudes privadas, sus prudentes consejos, el asentimiento popular, su prudencia en medio de la efervescencia de los partidos, y su generosa beneficencia extendió una mano protectora durante los treinta años que fue gefe y no tirano de su país, sobre los artistas y literatos á quienes colmó de bienes, especialmente á los que huían del imperio de Oriente temiendo las cimitarras de los turcos. La tranquilidad de que gozaba la república de Florencia

bajo el gobierno paternal de aquel esclarecido magnate, la alegría y la paz de que él mismo disfrutaba por la estimación y afecto de sus conciudadanos, le permitieron seguir su inclinación natural, fomentando los progresos de las ciencias y animando á los literatos.

Ya á fines del siglo XIV, había Boccaccio, con sus esfuerzos, contribuido á introducir en Italia el estudio de la lengua griega, pues habiendo hospedado en su casa al griego Leoncio Pilato, le indujo á traducir á Homero, trayendo de Oriente un ejemplar con grandes gastos, y haciendo luego que los florentinos fundasen para él la primer cátedra de aquella lengua; pero por su muerte cayó aquel establecimiento en cierta especie de indiferencia y olvido. Algun tiempo después trató de hacerlo revivir con mejor fortuna Manuel Chrysoloras, noble griego, quien en el intervalo de sus importantes misiones, enseñó dicha lengua en aquella y en otras ciudades de Italia, casi á los principios del siglo XV. Discípulos suyos fueron muchos hombres recomendables, entre ellos Ambrosio de los Angeles Traversari, general de los camaldulenses, amigo del Papa Eugenio IV, y su legado en Basilea, que tradujo mucho del griego; Leonardo Bruni y Carlos Marsupini, conocidos ambos con el nombre de Aretino, por haber sido naturales de la ciudad de Arezzo; Poggio Bracciolini, Guarino de Verona y Francisco Filelfo de Tolentino, que después de la muerte de Chrysoloras, acaecida en 1415, mostró extraordinario celo y actividad para sostener la literatura griega, y tuvo la dicha de mantener el fuego sagrado, hasta que recibió nueva ayuda de los otros sabios griegos que huyeron de Constantinopla cuando la imperial ciudad cayó bajo el poder de los musulmanes. Estos ilustres extranjeros, y los sabios italianos, rivales suyos, aun en el conocimiento de su historia y de su lengua natal, fueron protegidos por Cosme con tanta nobleza como generosidad, de lo cual son una prueba evidente las numerosas producciones que le dedicaron ó consagraron á sus alabanzas. Y en efecto, nadie las mereció tanto como el hombre, que según dice Rousseau, era un simple particular que llegó á ser soberano de sus conciudadanos haciéndolos felices, que solo se elevó y mantuvo por medio de los beneficios.

La extraordinaria curiosidad con que empezaron entonces á buscarse las obras de los antiguos autores, anunciaba la proximidad de una época en que las luces debían hacer los mayores progresos. Cualesquiera que fuesen las causas que impulsaron á hombres poderosos é instruidos á emprender esta investigación con tanta actividad, es lo cierto que su intervención fue importantísima, y que hicieron grandes servicios á la posteridad, puesto que si se hubieran diferido mas tiempo, hubiéranse perdido del todo los manuscritos de los antiguos autores griegos y romanos que yacían en la oscuridad, espuestos á ser inevitablemente pasto de la negligencia y del olvido. Fue, pues, una circunstancia de muy grandes consecuencias, el que el gusto de los hombres opulentos se dirigiera hácia este objeto mas bien que á animar los talentos de sus contemporáneos, y esta circunstancia explica en cierto modo las pocas producciones literarias originales de aquella época. Creemos, no obstante, que si con el estudio de las lenguas antiguas á que entonces se dedicaron con tanto afán se afinó el gusto, en cambio la imitación ahogó la originalidad; se pensó mas en conocer la vieja civilización que en perfeccionar la moderna: aquellos literatos ó mas bien gramáticos llamados á desempeñar los cargos de la magistratura y de secretarios, preferían las cortes de los príncipes á las repúblicas, porque en aquellas podían obtener más protección y beneficios; juzgaban á los autores mas por su estilo que por sus ideas; y la moda que introdujeron entonces de escribir sus obras en latín, les acostumbró á ocultar la tiranía con bellas frases, á disculpar la injusticia, y á decir á los poderosos adulaciones que se hubieran avergonzado de expresar en el idioma vulgar que usaban en el seno de sus familias y amigos. Así es que los tiranos de Italia en aquella época

se dieron á porfía á favorecer á los literatos, como si esperasen de aquel modo engañar á la posteridad (1).

La afición á los escritos de la antigüedad se convirtió en una verdadera manía que borraba toda diferencia de sentimientos de religión, de edad; se creía feliz el que desenterraba el mas insignificante manuscrito, enmendaba un pasaje equivocado ó adivinaba un error en su texto. Hubo encarnizadas contiendas entre Poggio y Lorenzo Valla, Filelfo y Nicolás Niccoli y otros sobre la interpretación de sus autores favoritos; Traversari y Martupini disputaron sobre un verso de Homero, tanto como los teólogos acerca del sentido de la Escritura, hasta que Filelfo probó que uno y otro se equivocaban, y las controversias de aquellos orgullosos pedantes llegaron á interesar y dividir ciudades y provincias enteras.

La historia de las vicisitudes que han experimentado los escritos de los antiguos, es tal vez la historia de la literatura misma, cuyos progresos ó decadencia pueden calcularse por la mayor ó menor estimación con que han sido miradas tan preciosas obras en diferentes épocas. Una relación exacta y circunstanciada de estas vicisitudes tendría grande interés para los literatos, pero no siendo mi ánimo emprender un trabajo para el cual se requieren fuerzas mucho mas robustas que las mías, me limitaré únicamente á manifestar los restos de la antigüedad que se salvaron del olvido por la munificencia de Cosme de Médicis, y por los trabajos de aquellos que secundaron con tanto ardor sus esfuerzos para difundir la afición de los estudios clásicos, que restauraron en Italia, así como también los que prestaron igual servicio en España.

C. RAMIREZ DE ARELLANO.

¡POBRE MADRE!

Balada.

I.

Aun es de noche.

La campana de la aldea agita su lengua de bronce dando al viento sus melancólicos sonidos.

Es la señal del alba.

Al toque de diana, y á la tibia luz del matutino crepúsculo, se va reuniendo lentamente una partida de soldados en las calles de la aldea. Al verlos se comprende fácilmente que se disponen á marchar.

Entre ellos distingue un joven alto, bien formado, de tez morena y de semblante espresivo, cuya penetrante mirada se fija con tristeza en una muger todavía joven, de cuyos bellos ojos se desprenden amargas lágrimas.

Esta muger es su madre.

Vá á verla quizás por la última vez, y no quiere separarse de él sin darle ese último ¡adios! cuyo recuerdo es el único consuelo que á la infeliz le restará en su triste soledad.

II.

¡Pobre madre! ¡Cuán dichosa se contemplaba cuando en una de esas tranquilas mañanas de la riente primavera, veía jugar al tierno niño en el prado y correr tras las pintadas mariposas!

Magdalena había perdido un esposo tierno que la adoraba; pero en medio de su desgracia se juzgaba feliz, porque el cielo le había concedido un hijo.

El bello rostro del niño le hacía recordar al hombre que tanto amó, y sus inocentes caricias eran para ella un bálsamo reparador que cicatrizaba las heridas de su corazón angustiado.

Como la mística flor que revive y abre sus pétalos al matinal rocío, así su decaído espíritu revivía y se

entregaba á la dulce esperanza de un porvenir tranquilo.

¡Desgraciada! Aun le restaba que apurar hasta las heces, la amarga copa del dolor....

Una mañana llegó á la aldea un pequeño destacamento de tropa, que venía á reclutar soldados.

Al verlo palideció su rostro; sus piernas, temblorosas, no pudieron sostenerla, y cayó de rodillas ante una imagen de la Virgen....

Su hijo había cumplido ya diez y ocho años, y el corazón le anunciaba que iba á quedarse sin él.

¡Infeliz! ¡Cuán pronto vió realizados sus tristes presentimientos!

III.

¡Hijo mío, volverás?...

Tu madre, agoviada por el dolor de tu ausencia, aun tendrá valor para esperarte.... Pasaré las noches rezando ante la imagen de la Virgen.... Nunca, hijo mío, se apartará de mí tu memoria, y el cielo me prestará valor para esperar tu vuelta....

¡Sí; porque yo necesito que tú vivas para volverte á ver, para aspirar á tu lado como en otro tiempo las perfumadas brisas de la primavera; para que un día seas el consuelo de mi vejez, y al fin pueda exhalar en tus brazos mi último suspiro....

—¡Tranquilizáos, madre mía!

—¡Ah! si no volviera á verte.... si sucumbo al dolor de tu ausencia y tú aun vives, acuérdate, hijo mío, de depositar siquiera una pobre flor sobre mi tumba solitaria.

—Desechad, ¡oh madre! tan lúgubres pensamientos.

—Hijo mío, ¡adios!

—¡Adios, madre mía!...

Y este triste ¡adios! unido á los sollozos de la madre, se confundió con el estruendo de los tambores, y con el de los pasos de la tropa que se alejaba.

IV.

Es ya de día.

Hace mas de una hora que los soldados han desaparecido, y todavía la triste madre tiene fijos sus ojos en el camino.

El sol se eleva magestuoso en el sereno azul del firmamento, dando vida al campo con sus dorados rayos, pero ese sol luciente que alegra el corazón de los mortales, aparece á los ojos de la madre afligida semejante á una antorcha funeraria.

Védla vagar errante por la solitaria floresta....

Detiéndose á orillas del cristalino arroyo que parece murmurar amores; pero el blando rumor de sus aguas no acaricia ya sus ensueños de ventura.

Con tardo paso, triste y macilenta, recorre la pradera por mil flores esmaltada. ¡Ay! aquellas hermosas flores no tienen ya para ella ni color ni vida.

¡Pobre madre!

¡Su frente se inclina como la flexible rama del sauce, y lágrimas del corazón se desprenden de sus ojos....

De pronto se detiene.... sus fuerzas le faltan y cae de rodillas exclamando:

—¡Hijo mío! ¿volveré á verte?

V.

Está anocheciendo.

Es esa hora misteriosa en que el último suspiro de la tarde se pierde en el silencio de la noche.

La argentada luna aparece tras el monte, riellando en las tranquilas ondas del lago, y sus tibios resplandores difunden una débil claridad por la llanura.

La fresca brisa del Abril florido, impregnada de mil olores suaves, viene á acariciar blandamente el rostro del labriego, que abandonando los aperos se retira á su tranquilo hogar.

Por la estrecha senda que conduce á la ermita de

(1) Véase César Cantú, Historia universal.

la aldea, se vé caminar con paso tardo á una muger que se dirige al santuario.

Es Magdalena, la madre de Pablo el recluso.

Hace cinco años que su hijo falta de su lado, y ni una sola noche ha dejado de ir á rezar por él ante la sagrada imagen de la Virgen, y á pedirle por su vida.

¡Desgraciada madre!

Su terso rostro que al blanco mármol igualaba, hoy se vé surcado de arrugas, signo evidente de una prematura vejez.

Su larga cabellera, mas negra y brillante que el luciente ébano, ha encanecido ya; y su viva y penetrante mirada tornóse triste é indecisa....

Ni una lágrima surca por su megilla, que el dolor marchitó.

Contempladla un momento.

Ha entrado en el santuario, y puesta de hinojos se la vé con la frente inclinada hácia el suelo.

Una lámpara pequeña pendiente de la bóveda difunde una débil claridad por el templo, y á su oscilante luz descúbrese apenas á la infeliz viuda.

Está sola: reza fervorosamente, y en medio de sus oraciones se la oye murmurar en voz baja el nombre de su hijo.

De pronto levanta su frente abatida por el dolor, y pónese á escuchar un canto lejano que apenas se percibe.

Es Antonio, el inseparable compañero de Pablo, que vuelve ya licenciado del ejército, y que viene entonando esta estrofa de un aire popular:

Decidme, áuras fugaces,

Decidme por piedad,

Si en la ausencia me ha sido

Mi amada desleal.

Empero ella ha reconocido su voz, y ligera como el viento sale al camino á encontrar al amigo de su hijo.

Fatigada, jadeante, llega hasta él y le pregunta:

—¿Mi hijo vive?

Pero el buen Antonio fija en ella sus ojos compasivos, y por toda respuesta la señala al cielo.

—¡Muerto!... grita entonces en el paroxismo de su dolor.

Y dando luego una carcajada horrible, estridente, se lanza corriendo en direccion de la aldea.

La infeliz estaba loca.

VI.

Desde aquella funesta noche, la desgraciada Magdalena vaga silenciosa por los prados que vieron nacer á su querido hijo.

Hay ocasiones en que se detiene ante algun árbol, ante alguna fuente sonora, que encierra recuerdos para su corazón doliente, y dice con seguro acento:

—¡Él volverá!

Y pasa dias enteros sentada á orillas del arroyo, contemplando el curso tranquilo de sus limpidas aguas.

Allí, fija á veces su mirada en el cielo, recuerda tal vez su pasado, y una lágrima entonces se desprende de sus ojos....

¡Pobre madre!...

Esta sola lágrima encierra el triste secreto de su vida; la historia de sus dolores.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

LA GRANJA DEL AMOR.

(Continuacion.)

Anita comió poco, y acercándose á ella uno de los novios la dijo en tono de broma:

—¿Nos has traído algun regalo? ya sabes que es costumbre.

—No tan solo no he traído nada, pues ya sabeis que

soy pobre, sino que tengo que pedir un favor á que no debeis negaros. Quisiera que me admitierais en vuestra casa para ayudar en las faenas de ella á vuestras hijas.

Los jóvenes esposos se miraron; pero el padre se apresuró á contestar, diciendo:

—Mañana mismo te vienes, y harás todo aquello que puedas y sepas.

—Bien, muchas gracias, vendré mañana; pero ahora es preciso que me deis llevar alguna cosa de comer para mi buena protectora Antonia. Concediéronle lo que pedía, y con un pedazo de carne asada y un pan regresó en busca de Antonia, que recibió con placer estos manjares; mas cuando Anita la hizo saber que al dia siguiente debía ir á casa de los jóvenes desposados, se irritó sobre manera, y tomando una piedra y poniéndosela en el pecho, exclamó:

—¡Mejor sería tener aquí esta piedra, que no un corazón! ¿por qué no he de estar sola? ¿por qué me he permitido amar á alguien? pero ahora todo ha concluido y para siempre; así como arrojo esta piedra, yo lanzo de mí toda simpatía, todo cariño. Niña falsa y desleal, apenas sabes abrir las alas, y ya quieres volar. Está bien, renuncio á lo que te he querido, y quedo sola.

Y así diciendo se encerró en su cuarto, separándose bruscamente de la niña.

Al dia siguiente Anita, bien de mañana, se dirigió á casa del rico labrador, y supo grangearse el cariño de aquella familia en poco tiempo, mostrarse tan hábil en los quehaceres de la casa, tan contenta y complaciente en las varias circunstancias de la vida, que todos la elogiaban á porfía y se interesaban por su bien. Anita redoblaba cada dia sus cuidados, especialmente con los recién casados y mas aun con su primer hijo, nacido al año apenas, y sin olvidar por esto á la anciana Antonia, á pesar de que no le era muy fácil ir á su casa despues de cumplir con sus tareas ordinarias, ya porque la anciana rehusaba oír hablar de Anita, ya porque los años no querían que esta fuera á visitarla, sobre todo llevando el niño, por temor de que no le hiciera mal de ojo, preocupacion muy frecuente en los pueblos. Era pues preciso mucha habilidad y perseverancia para vencer tantos obstáculos; pero su fuerte y buena voluntad supo vencerlos, con lo que ganaba en afecto y consideracion de todos al ver que no olvidaba á su bienhechora, que era su único solaz y agradable compañía en cuantos ratos tenia libres, pues por lo demás, afable y buena con todas las jóvenes de la villa, vivía separada de ellas y completamente sola.

Su vida empezaba con el alba, y despues de lavarse y arreglar sus negras y pobladas trenzas, desempeñaba incansable las faenas domésticas. Al anochecer iba á la casa de Antonia, y allí preparaba y disponia todo de suerte que nada tuviera que hacer aquella en el siguiente dia.

¿Qué es la beneficencia que se limita á dar dinero, comparada con la que dá toda su vida, y hasta el alma en caso de necesidad? Las horas de descanso, la libertad de los dias festivos, todo lo sacrificaba por cuidar á Antonia, que sin embargo la reprendía, y se enfadaba por el mas ligero descuido. Cuando en las tardes de los domingos sentada con Antonia veía pasar las muchachas, y los jóvenes de la villa cantando varias canciones, comprendía que se privaba de este placer permaneciendo sentada allí, y se contentaba con recitar á media voz los cantares que oía.

En las veladas de invierno que pasaba en casa de su amo D. Felipe, solía cantar con sus señoras; pero aunque tenia una voz argentina, cuyo inocente timbre llegaba al alma, solo cantaba en segundo término. Vicenta, la hermana mas pequeña de D. Felipe, aun soltera, un año mayor que Anita, cantaba siempre la primera, y la voz de ésta debía seguir la de aquella. La altanera joven sabía hacer el ama, y consideraba á Anita como una esclava, no perdonándole dictérios y malos tratos aunque en secreto, y precisamente porque oía á todos aplaudir

su celo en el cumplimiento de todos los deberes. Constantemente era el blanco de sus burlas y bromas, no todas de buen género; su economía, especialmente en el calzado, que Anita guardaba con el mayor esmero; su sencillez en el vestir, que iba unida á una limpieza y gracia sin igual, todo era motivo de mordaz crítica por parte de Vicenta. Anita habia llegado ya á la época de todo su desarrollo, era pequeña, pero robusta y bien formada, y su espresivo rostro y candorosas maneras, parecían demostrar que la gracia es el lujo de la pobreza, y que no cuesta nada, así como no puede comprarse. Los domingos solía vestir ropa algo mejor para ir á la iglesia; pero bien pronto se la quitaba, y con los vestidos de todos los dias se sentaba cerca de los niños, ó de algunas macetas de flores, que cuidaba con esmero.

El clavel, la violeta, el geranio, la encendida rosa crecían merced á sus cuidados; las violetas sobre todo eran su encanto, y contemplándolas Anita, solía decir:

—Cuando haya alguna boda en la casa se emplearán estas violetas para hacer el ramo de la desposada.

Despues, en su ánimo, aparecía sin duda otro pensamiento que la hacia enrojecerse hasta la frente, aspiraba el perfume y ocultaba sus violetas entre otras macetas.

(Se continuará.)

PEDRO MORENO VILLENA.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.



IMPORTANTE.

Con fecha 21 del presente hemos hecho el giro de costumbre á cargo de los suscritores y corresponsales de algunas provincias.

En la imposibilidad de continuar cobrando por este medio, rogamos encarecidamente á nuestros suscritores se sirvan hacer las renovaciones oportunamente por medio de libranzas ó sellos de franqueo, para lo cual recibirán aviso anticipadamente.

Se desean comprar dos tomos del primer año del MUSEO LITERARIO y los números 5 y 7 correspondiente al año 1.º, época II, de los dias 4 y 18 de Setiembre de 1864. En la administracion del periódico pueden presentarse los que deseen venderlos.

CANTARES DE D. MELCHOR DE PALAU.

Se hallan de venta en la Administracion del periódico, Congregacion, 1, 2.º, al precio de 4 rs. egemplar y 5 fuera, franco de porte.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.